

# Los ejércitos

JUAN ANTONIO MALAVER R.

Doctor en Ciencias de la Educación, docente universitario, poeta y escritor.

En la novela *Los ejércitos*, el escritor bogotano Evelio Rosero Diago cuenta la historia de dos ancianos, Ismael y Otilia, que viven en San José, población en la que su vida y destino son afectados por la violencia desatada entre ejércitos en pugna territorial.

Ismael, el protagonista, gasta su tiempo en oficios placenteros y simples, acicala sus naranjos, mira sus peces, gatos y aves; rellena el tiempo sobrante para su condición de pensionado. La narración se abre en un espacio natural que ha sido ganado a la vida después del trabajo, en el que se goza un lugar libre, en el que se vive contemplativo y tranquilo:

Y era así: en casa del brasilero las guacamayas reían todo el tiempo; yo las oía, desde el muro del huerto de mi casa, subido en la escalera, recogiendo mis naranjas, arrojándolas al gran cesto de palma; de vez en cuando sentía a las espaldas que los tres gatos me observaban trepados cada uno en los almendros, ¿qué me decían?, nada, sin entenderlos. Más atrás mi mujer daba de comer a los peces en el estanque: así envejecíamos, ella y yo, los peces y los gatos, pero mi mujer y los peces, ¿qué me decían? Nada, sin entenderlos. (Rosero, 2016, p. 11)

Ismael preguntará constantemente a las cosas, al afuera para que reafirmen lo que en el fondo él piensa y siente, y con ello dejará al descubierto su honda soledad. Esa contemplación no le dirá nada porque siente que para él su vida es incomprensible, simple; por eso le será mudo todo, no habrá ese animismo que él desea para su vida. No le hablan nada esa paz, esa quietud idílica,

los objetos ni las personas que están a su alrededor.

Rosero muestra simples vestigios de un lugar sencillo y apartado en el que irrumpirá gradualmente la muerte generada por la violencia, para finalmente narrar que en el conflicto nada escapará de las balas y explosiones, y pagarán precio hasta las plantas y animales, naranjas, peces, guacamayas, etc., amadas por el protagonista. La destrucción se simboliza en el daño de baluartes representativos de la tranquilidad: naranjas destrozadas, peces muertos, paredes que ya no dividirán más los terrenos a causa de las explosiones. Recrea una guerra destructora del orden de la vida que afectará hasta a los gatos, quienes tendrán que dedicarse a cazar para mitigar su hambre y ofrecerle comida a su desprotegido amo: “Después regresaré, mis gatos continuarán alimentándome, si llorar es lo que queda, que sea de felicidad” (Rosero, 2016, p. 173). Además, mostrará el cotidiano y feroz preludio del desplazamiento forzado al que dignamente no le apostará el pensionado. Se dedica a esperar el regreso del amor en medio de un mundo transformado absurdamente, la memoria aquí la representa el bienestar:

Con toda razón desconozco esta calle, estos rincones, las cosas, he perdido la memoria, igual que si me hundiera y empezara a bajar uno por uno los peldaños que conducen a lo más desconocido, este pueblo, quedaré solo, supongo, pero de cualquier manera haré de este pueblo mi casa, y pasaré por ti, pueblo, hasta que llegue Otilia por mí. (Rosero, 2016, p. 172)

Ismael atravesará todo el cuadro de destrucción y contienda, un retrato cargado de imágenes que rondan el onirismo, una fuerza sórdida y típica de la guerra en San José. Retará la muerte en el final abierto en la novela. Poco le importará estar en una lista de implicados, de buscados por uno de los ejércitos; en cambio, sí le causará dolor que por ser viejo sea objeto de desprecio, que su fuerza sea subvalorada por parte de los ejércitos en contienda, un desprecio que elevará a recíproco al no mostrarles ningún temor aparente. En el clímax de la violencia pasará por muerto y querrá reír al sentir los militantes cerca; su risa será, además de impertinente y suicida, una forma de irreverencia frente a la barbarie. No apuesta a llorar como debería ser; frente a la tensión de lo anormal y descarnado, siempre la risa aparecerá brutalmente inoportuna. Por otro lado, se prefigurará como una marca de la escurridiza personalidad de Ismael, de su descrito carácter ambivalente: “Espero que entiendas todo el horror que soy yo, por dentro, o todo el amor —esto último lo digo en voz alta y riéndome—”. (Rosero, 2016, p. 173). Esa dualidad aparecerá en momentos de crisis, en las acciones con tinte apocalíptico; denotará la complejidad del ser humano-profesor en este caso, su visión de amor enlodado de la brutalidad del ser —para el profesor en lo íntimo de su ser se puede ser bueno y querer ser bajo a la vez—. Habrá una consciencia y animalidad tensionada en la cabeza de un pensionado; se verá constantemente su reacción impredecible frente al horror, la vida echada a pique, una risa contenida para que salga en la contemplación de lo deforme:

Siento que arrojaré la carcajada más larga de mi vida, los hombres pasan a mi lado como si no me vieran, o me creyeran muerto, no sé cómo pude encerrar la risotada a punto, la risotada del miedo, y sólo después de un minuto de muerto, o dos, ladeo la ca-

beza, muevo la mirada: el grupo se pierde corriendo a la vuelta de una esquina. (Rosero, 2016, p. 166)

Se podría dar cierre a la novela si uno pensara en indicios de la inminente muerte del protagonista; contrario a esto el resto lo resolverá el lector. San José será un lugar infernal que debe abandonarse a causa del pánico y apocalipsis desatado por ejércitos en pugna y el dominio de uno en particular, el que desplaza a la población:

“Su nombre”, gritan “o lo acabamos”, que se acabe, yo solo quería, ¿qué quería?, encerrarme a dormir. “Su nombre”, repiten ¿qué les voy a decir, ¿mi nombre?, ¿otro nombre?, les diré que me llamo Jesucristo, les diré que me llamo Simón Bolívar, les diré que me llamo Nadie, les diré que no tengo nombre y reiré otra vez, creerán que me burlo y dispararán, así será. (Rosero, 2016, p. 180)

Ismael presentará una personalidad ambivalente, incierta, desarraigada, nihilista, escéptica frente al amor, la guerra, la vida, incluso frente a sí mismo y su destino sin importancia, en trance de espera.

Al comienzo se desarrolla tensión narrativa a partir del figoneo de Ismael en mujeres jóvenes; su provocación al verlas servirá como base del tejido del suspenso, del sismo narrativo trazado:

En la cocina, la bella cocinerita —la llamaban “la Gracielita”— lavaba los platos, trepada en un butaco amarillo. Yo lograba verla a través de la ventana sin vidrio de la cocina, que daba al jardín. Mecía sin saberlo su trasero, al tiempo que fregaba: detrás de la escueta falda blanquísima se zarandeaba cada rincón de su cuerpo, al ritmo frenético y concienzudo de la tarea. (Rosero, 2016, p. 11)

Geraldina despertará y alimentará el deseo en el contemplador pensionado, trepado en una vejez y escalera de figoneo deslumbrante. Erotismo y deseo, como ya se dijo, serán generadores de expectativa en los lec-

Ese erotismo brillará como un recurso que se apaga, enciende y da soplos a una espera determinante para la trama y finalmente para el clímax del final de la novela. Geraldina será objeto deseable, de violación, incluso después de muerta.

tores que aguardarán lo que pasará entre el pensionado y aquella Geraldina, la vecina contemplada. Dicho suspenso se dilatará y, hasta el final, se sabrá cómo termina todo con ella, con su muerte.

Recordemos que un día el oficio de Ismael será perturbado por la inevitable y fuerte contemplación del sexo abierto de la exhibicionista vecina, que será fantaseado como dialogante e increpador —como ya se dijo, Ismael querrá que las cosas le hablen, expresen sentimientos—. En este caso, el sexo será órgano abierto, boca habladora o representativa de un modo de conciencia que quisiera hablarle, y será vía de alimento sexual por donde pasará comida o lo que un hombre espera escuchar como alimento del deseo:

Mis ojos sufriendo atisbaban fugazmente hacia abajo, el centro entreabierto, su otra boca a punto de su voz más íntima: pues mírame, gritaba su otra boca, y lo gritaba a pesar de mi vejez, o, más aún, por mi vejez, mírame, si te atreves. (Rosero, 2016, p. 17)

Otilia lo increpará como contemplador vergonzante. Será en vano, porque para él aquello es un sufrimiento placentero, un hambre que solo llena su fisgonear voye-

rista, recompensado por imágenes eróticas, episodios presentes en varios momentos de la novela. Para Geraldina, observante y observado se involucrarán en un juego, en un reto de pudor y ganas, de provocación y negación. Este recurso funcionará como rompimiento de una narración que no quiere ser plana —en el profesor habitará un fluir de conciencia cargado de ambivalencia y un ser sardónico que retará su figura de profesor modelo—. Por otra parte, Geraldina se siente observada y no se muestra para nada pudorosa ni moralista.

Ese erotismo brillará como un recurso que se apaga, enciende y da soplos a una espera determinante para la trama y finalmente para el clímax del final de la novela. Geraldina será objeto deseable, de violación, incluso después de muerta. El contexto nos ha mostrado un viejo con un matrimonio de muchos años en el que la convivencia se da más por triste costumbre que por amor. En este sentido, la novela proyectará el amor como una luz que titila a lo lejos, en el pasado, y adquiere sentido cada vez más hondo y directo en el ser que ha acompañado. Cuando Otilia desaparece, el mundo del profesor se derrumba, lo que aparentemente no significaba sino compañía se vuelve razón de vida, una necesidad del otro que se hace cada vez más consciente, más reconocido. La razón de vida desequilibra y con ello la noción de futuro se pierde, desaparece; depende de otros la continuidad de la existencia, las ganas de vivir: “Quedaré solo, supongo, pero de cualquier manera haré de este pueblo mi casa, y pasaré por ti, pueblo, hasta que llegue Otilia por mí”. (Rosero, 2016, p. 172).

En dichas contemplaciones hay una voz que condena y juzga al viejo, una voz que ordena, que recrimina y a la vez lo llama a la sinrazón de sus actos —una especie de subversión amenazante de la cordura y el bien—. Ese instinto depredador perso-

nificado en un profesor generará bastante tensión; no olvidemos que socialmente un profesor será ejemplo de un orden, de la formalidad en sí, de un espíritu bien educado y modelo a seguir en un San José —esa voz que le habla mentalmente al profesor lo hará con odio, con desprecio por tener defectos pueriles—, habrá aquí una fuerte incriminación del deseo senil. Y en la trama se dejará ver como razón que convive con una latente animalidad humana presente en Ismael, lado oscuro que lo hermana con lo procaz y que lo despliega frente al horror de lo que contempla en estado de crisis.

Aquí será un profesor que no debe enseñar el saber, sino enseñar a violar o a amar, pareciera lo mismo. Irracionalidad detonante frente a su objeto de deseo y que no se detiene ni siquiera frente a la barbarie humana:

Entre los brazos de una mecedora de mimbre, estaba, —abierta a plenitud, desmadejada, Geraldina desnuda, la cabeza sacudiéndose a uno y otro lado, y encima uno de los hombres la abrazaba, uno de los hombres hurgaba a Geraldina, uno de los hombres la violaba: todavía demoré en comprender que se trataba del cadáver de Geraldina, era su cadáver expuesto ante los hombres que aguardaban. ¿Por qué no los acompañas, Ismael?, me escuché humillarme, ¿por qué no les explicas cómo se viola un cadáver?, ¿o cómo se ama?, ¿no era eso

lo que soñabas?, y me vi asechando el desnudo cadáver de Geraldina, la desnudez del cadáver que todavía fulgía, imitando a la perfección lo que podía ser un abrazo de pasión de Geraldina. (Rosero, 2016, p. 179)

Repito que hábilmente se logra tensión en la apertura de un erotismo que no tendrá respuesta, que quedará abierto, Geraldina la mujer que provoca, el viejo que cae frente a tal provocación y al final de la novela esa contemplación erótica continuará. Geraldina aparecerá desnuda y como muerta, violada por miembros de un ejército. El salvajismo y la crueldad de afuera —la de los violadores— tensionará con la de adentro de Ismael, una voz violadora latente:

Estos hombres, pensé, de los que solo veía el perfil de las caras enajenadas, estos hombres deben esperar su turno, Ismael, ¿esperas tú también el turno?, eso me acabo de preguntar, ante el cadáver, mientras se oye su conmoción de muñeca manipulada, inanimada —Geraldina vuelta a poseer, mientras el hombre es solamente un gesto feroz, semidesnudo, ¿por qué no vas tú mismo y le explicas cómo? (Rosero, 2016, p. 179)

\*\*\*

Poco hay del pasado en la narración, solo un tanto del de Ismael y Otilia, la manera en que se conocieron, un breve recuento de sus hijos ahora lejanos y destellos de actos



que contextualizan algunas situaciones que ocurren en el ahora de San José. Los personajes que aquí aparecen casi siempre van hacia un adelante que interferirá con actos del pasado, actos marcadores de las vidas a la hora de un ajuste de cuentas permanente por parte de los bandos, de los llamados ejércitos.

En San José los personajes están envueltos en intrigas. Habrá un médico que por simpatizante y auxiliador será asesinado. Un alcohólico evadirá su responsabilidad frente a los actos a punta de licor, de fingir estar embriagado de por vida. El señor, que ha sido secuestrado, será condenado a muerte por su esposa por no leer una carta a tiempo y no pagar el rescate, hasta serán usados los secuestradores para matar a un esposo y no pasará nada frente a la ley. Allí vive un brasileño que no es de Brasil sino colombiano, que es secuestrado y tiene una vida no muy transparente al servir a uno de los bandos. Su rescate no podrá ser pagado por no reunir todo el dinero; su mujer antes de enviudar se vestirá de luto, su hijo será usado como mecanismo de persuasión y símbolo de la inhumanidad extorsiva: eso será la guerra, el derrumbe de existencias libres —como la de Geraldina, que anda desnuda por su casa—, actos absurdos y nada transparentes. Rosero muestra pormenores de la guerra y de las intrigas que la rodean, del fuego que la alimenta. Frente a la vida normal, en apariencia, se lleva una vida de tratos dudosos con bandos que cobrarán las faltas aunque sea bien tarde.

En los ejércitos hay listas para controlar y llamar a juicio. La ley y el orden huyen y la población tras ellos. El imperativo de las armas hace callar y huir. El éxodo al que está condenado el pueblo entero los mostrará como fichas de un juego, tendrán una forma de proceder desarmados. La indefensión implica camino, huida, trashumancia, acallamiento. Los actos llevarán a

abandonar la vida calmada y penetrar en vidas azarosas, desequilibradas, tiradas al azar. Podría concatenarse con el Éxodo y el Apocalipsis: ¿una mirada cristiana?

La guerra transforma, silencia, trae lastres mentales, afecta a la gente que crece, acostumbra a una condición sumisa, resignada. En San José nadie ve en apariencia, nadie sabe, nada se conoce, un niño secuestrado aparece sin que nadie parezca ver su paso por el pueblo:

Tres meses después de esa última incursión en nuestro pueblo, tres meses justos —porque desde entonces cuento los días—, llegó, sin que se supiera quién lo trajo, ni cómo, el hijo del brasileño a su casa. Se presentó a las siete de la noche, solo, y contempló a su madre sin un gesto, sin una palabra, detenido igual que estatua en el umbral. Ella corrió a abrazarlo, lloró, él siguió como dormido con los ojos abiertos, definitivamente ido, y no deja de guardar silencio desde entonces. (Rosero, 2016, p. 109)

Reitero que en la novela se presenta una mirada apocalíptica, las acciones se acrecientan, se tensionan y presagian un fin deshacedor de la posible vida en San José; la guerra pareciera acabar con todo y el desplazamiento forzado no da espera. Es el triunfo de la violencia y la sinrazón, un pan amargo:

Apenas hasta ahora descubrimos que las calles van siendo invadidas por lentas figuras silenciosas, que emergen borrosas del último horizonte de las esquinas, asoman aquí, allá, casi indolentes, se esfuman a veces y reaparecen, numerosas desde las orillas del acantilado. (Rosero, 2016, p. 159)

Cada quien vive lo suyo, vive su pedazo de violencia y la hace de manera naturalizada, propia, silenciosa, resignada; se juntan y retiran a sentir su drama aceptado cada vez más: “Entonces los que rodeamos a Chepe emprendemos la retirada, también de manera lenta y silenciosa, cada quien a lo suyo, a sus casas, y, lo que resulta extraordinario,



lo hacemos realmente como la cosa más natural del mundo” (Rosero, 2016, p. 159). Los sucesos como secuestros, retenciones, desencadenan en muerte, en el fin de las relaciones; hasta el ejército abandona el lugar de enfrentamiento, pues sus armas de nada sirven.

Dentro del caos, del fin, del rompimiento de la armonía, aparecen personajes que en la obra se han pintado como dantescos. El vendedor de empanadas y su grito “oye”, que, ligado a su fanfarroneo de asesino, le servirá al autor como recurso fuerte para ahondar y atizar en los momentos de crisis, de miedo, de absurdo; será intimidante su mirada extraviada, la venta de sus empanadas en espacios asociados al absurdo, más allá, en el color del miedo. Siniestra voz, mezcla de realidad y miedo, de lo macabro, símbolo amenazante detrás de sus frituras. Su cabeza aparecerá como un trofeo de guerra en el recipiente de la estufa rodante en donde prepara sus frituras:

Vi que la estufa rodante se cubría velozmente de una costra de arena rojiza, una miriada de hormigas que zigzagueaban aquí y allá, y, en la paila, como si antes de verla ya la presintiera, medio hundida en el aceite frío y negro, como petrificada, la cabeza de oye: en la mitad de la frente una cucaracha apareció, brillante, como pareció, otra vez, el grito”. (Rosero, 2016, p. 177)

El profesor se perderá en imágenes que cruzan su realidad, en una especie de vocerío propio que se mezcla con el de la guerra, de la realidad torcida, mezcla de lo que se ve y lo que se fantasea: el ser como testigo vivo del horror, como caminante, como viajero lento en medio de la sinrazón humana, del absurdo, de lo incomprensible de sí y de lo ajeno.

En San José hay hijos que abandonan a un padre tullido y terco, y le dejan comida para varios días. En otra escena los gatos le traen pájaros a Ismael y se los dejan sobre la

cama para que se alimente. El profesor será un personaje doliente, ojo de todo, que no sabe de las intrigas de cada habitante, que no tiene tratos con nadie, que no debe ni ha negociado nada turbio; la turbiedad está en su cabeza, en sus ojos indiscretos y lascivos.

Se prefigura un San José en el que hay vidas con pedazos oscuros, personajes aparentes, de doble moral, relacionados con regiones difusas de bandos a los que se sirve sin que nadie de manera aparente lo sepa. Pero el pasado no perdonará. Los personajes viven en tensa calma, tienen o han tenido relaciones, tratos, servicios con los autores de la violencia. Se diría que la guerra tiene un cuerpo y los habitantes son parte de ese extendido cuerpo, de sus tentáculos. La travesía de Israel por el horror, el abandono y la búsqueda de su mujer lo llevan a ser sensor, testigo, narrador de lo que él mismo no comprende del todo.

El dinero aparece como factor de conflicto, la extorsión, el secuestro. Lo político se deja al lector. Son ejércitos sin distinción, se disputan un territorio, lo ceden o tratan de reapropiárselo, pero no se sabe a ciencia cierta. Uno creería que San José es referente de un lugar colombiano, pero el lanzar una granada en un acantilado, se preguntaría uno: ¿cuál acantilado? Lo aleja del referente al que hemos asociado el espacio de guerra. La novela cierra con imágenes fuertes, con situaciones que, si bien preparan el fin, van diluyendo la realidad como referente, la vida plena. Allí todos pierden algo y se van. Qué guerra es, no se sabe a ciencia cierta; puede ser la de cualquier lugar de la realidad o de la ficción. Los actores se elevan a la categoría de ejércitos y lo político se desvanece, a lo mejor para el autor no valga la pena que brille. Verosimilitud, investigación o historia patria no podemos exigirle a esta novela, escapa a esas ataduras y está en ellas. ■■